

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS

Continúa vendiéndose la segunda colección de artículos originales de «La Lectura» en casa del editor, D. José del Ojo y Gomez, San Bernardino, 10. 2.ª derecha, Madrid, al precio de una peseta cada ejemplar. Por cada doce ejemplares se regalará dos, y veinte por cada ciento. Hagan los pedidos acompañados de su importe.

SECCION RECREATIVA.

LA CARIDAD DE BLAS

—Blas, ¿compraste la bula?

—Para eso estamos, mi amo.

—¿No tienes dinero?

—Sí, pero me gusta emplearlo mejor.

Ya sabe usted que soy amigo del pueblo, y viéndole tan hundido, me parece más acertado aplicar mi dinero á socorrer sus necesidades, que á comprar bulas de la Santa Cruzada.

—De manera que no tomas la bula por socorrer al pueblo.

—Justito.

—Y como eres persona tan caritativa tampoco irás á los toros, ni al teatro, ni al baile, ni irás de merendola con los amigos, todo para ahorrar dinero y socorrer al pueblo.

—Hombre, no tanto. Hay que echar también alguna cana al aire. No he de pasar yo todo el día en la iglesia como los beatos.

—De modo que, aunque no tomas la bula ni vas á la iglesia como los beatos, no por eso dejas de socorrer al pueblo.

—Ha dado usted en el quid.

—¿Y cómo lo socorres, Blas? Irás á los hospitales á visitar á los enfermos; entrarás en las cárceles á consolar á los presos; frecuentarás algun asilo de huérfanos; enseñarás la doctrina en alguna escuela de adultos....

—No señor, no me ha dado por esas cosas.

—Vamos, entonces es que serás socio de S. Vicente de Paul y visitarás á los pobres en su mismo domicilio, estudiando de cerca sus necesidades, socorriéndolos, aconsejándolos, instruyéndolos...

—Tampoco; eso son exterioridades.

—Entonces ¿cómo socorres al pueblo Blas? Vamos ya comprendo, como no estás por *exterioridades* lo socorrerás por la parte de *adentro*, esto es, de un modo espiritual: te dedicarás á la oración, á las mortificaciones, á los sacrificios; pasarás las noches en vela pidiendo á Dios por la salud del mundo; ayunarás, llevarás cilicios, te darás disciplinas.

—¿Cáscaras!; yo que me he de dar disciplinas, mi amo; eso podíamos hacer.

—Pues hombre, entonces ¿cómo te lo arreglas?

—¿Que cómo me lo arreglo?; toma.... arreglándomelo. Quiere decir, que si llevo conmigo un perro chico y veo un pobre por la calle....

—Se lo embistes.

—No señor, se lo doy, y acto continuo llamo á la policia.

—¿Para que lo metan á la cárcel?

—No señor, en el asilo, que es donde el pobre debe estar, pues para eso pagamos la contribucion. ¿Le parece á usted justo que tras de sacarnos el gobierno tantos impuestos y gabelas nos rasquemos aun el bolsillo para mantener á los pobres? Esto es un escándalo. Bien se vé que todos los gobiernos son iguales. Y luego sea usted puntual en el pago de las contribuciones. Pues lo que es á mí pocas me sacarán; porque me he propuesto defenderme aunque sea con las uñas, y no pagar un céntimo.

—Pero, Blas ¿qué estás diciendo? ¡Con que despues de llevar al pobre al asilo para que lo mantenga el gobierno, ahora resulta que tampoco quieres pagar la contribucion!

—Porque no quiero que nadie me estafe, ni coma á costa mia. Si así no fuera, yo soy demócrata y amigo del pueblo y seria el primero que....

—De manera que si tú vieras que el dinero de la contribucion era bien administrado, honradamente invertido y aplicado á socorrer las necesidades pueblo....

—Me lo quitaria de la comida para darlo con puntualidad.

—Pues entonces, ¿por qué no compras la bula?

—¡La bula!; ¿y qué tiene que ver la bula con las necesidades del pueblo?

—¡Y qué *progresista* eres Blas! ¿Pues

qué no conoces la inversion que recibe en España el producto de las bulas! ¿Qué seria de muchos pobres si no fuese por esa y otras contribuciones voluntarias que se imponen los *beatos*? Escucha y verás la inversion dada al producto de las tres quintas partes de la bula en el obispado de Madrid en 1887, y por ahí podrás sacar el que se le dá en todas las diócesis de España. Empiezo por decirte que en el culto divino, solo se invierte poco mas de una quinta parte, y esta se rebaja de lo que el gobierno habia de destinar á dicho servicio; de manera que el que paga la bula ahorra contribucion al que no la paga. (A tí nada te ahorra porque no pagas bula ni contribucion.) He aquí la inversion dada en Madrid á la bula del año 87.

Asilo Colegio de Jóvenes Desamparados, 4.000 pesetas; Escuela dominical de los Cuatro Caminos, 500; Asociacion de Escuelas Católicas de Madrid; 1,500; Asociacion de Escuelas Dominicales de idem, 500; Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazon de Jesús, 500; Protectorado de jóvenes obreros, 1.000; Asilo y escuela de la Santísima Trinidad, 250; Establecimientos benéficos de Alcalá, 1.000; Escuela-asilo de San Vicente de Paul, 250; Asilo del Servicio Doméstico 250; Asilo de Jesus, 500; Congregacion de la Doctrina Cristiana, 500; Escuelas gratuitas de la Divina Pastora, 250; Escuelas catequísticas de Madrid, 500; Casa de correccion de Oblatas de Ciempozuelos, 250; Siervas de Maria, 250; Establecimientos públicos de Beneficencia de esta Corte, 3.000; Colegio-Seminario de estudiantes pobres, 5.073 y 56 céntimos. Total, pesetas. 18.423 y 56 céntimos.

—Pero, mi amo, ¿todos esos establecimientos hay en Madrid? Y ¿quién los sostiene?

—Los beatos que compran bulas y van á la iglesia.

—Pero,...

—Los que sin ser tan amigos del pueblo como tú, invierten en limosnas y obras piadosas lo que habian de gastar en toros, teatros y francachuelas.

—Pero...

—Los que no siendo tan *humildes* como tú, no tienen inconveniente en que los

vean ir á la casa de los pobres, consolarlos en sus penas, remediarlos en sus necesidades, aconsejarles en sus dudas ó instruirlos en sus ignorancias.

—Pero...

—Los que sin ser tan *interiores* como tú, tras de socorrer á los pobres por de fuera, áun los socorren *dentro* pidiendo á Dios por ellos, aplicándose quizás esas disciplinas que á tí te ponen los pelos de punta, y que son excelente remedio para curar ciertas pasiones de los ricos que tarde ó temprano suelen pagar los pobres.

—Mi amo, me voy: ¿manda usted algo?

—Sí Blas; que seas menos demócrata, y más caritativo; que seas menos amigo del pueblo con la lengua, y un poco más amigo con el bolsillo y con el corazón.

Como Blas, tiene el pueblo
Muchos amigos
Que dan... buenas palabras
Mas no dan *trigo*.
Y es que una cosa
Es soltar la sin-hueso
Y otra la bolsa.

A. G. y G.

EL DIA DE SAN JOSÉ

En una estancia de pobre aspecto, mas limpia con esmero, hay una modesta cama, que por algunas señales características acusa tiempos mejores que pasaron para sus dueños.

A la cabecera, y sobre una pared blanqueada, se ve un crucifijo de madera tallada, en el cual los años han impreso el color indefinible de la antigüedad.

Del lienzo de la derecha pende un cuadro litográfico de la Purísima, copia de la de Murillo; y del lado contrario, un cromo representando á S. José.

Una mesa muy sencilla de pino pintada, queriendo imitar á caoba, sobre la cual están un vaso y una botella de vidrio, cuatro sillas de Vitoria, en mediano uso, y un cofre con tapete de variados colores, vienen á completar el adorno de la habitación.

En la cama yace enferma una mujer como de cuarenta años, demacrada, pero conservando en su rostro esa distinción que se adquiere desde la cuna y se deja solo con la muerte. Es Magdalena.

A su derecha está su hija María, jóven de diez y siete años, bella como su alma candorosa, de pié, con sus grandes ojos lige-

ramente entornados y en actitud resignada.

Detras de Maria una cortina blanca oculta la entrada á una segunda estancia pequeña que recibe la luz de la primera. En ella, sin gran dificultad se distingue otra cama pobre, y en esta cama, durmiendo al parecer, un niño de trece años amarillento y casi consumido por la fiebre.

—Hija, dice Magdalena.

—Mamá, ¿qué quiere usted? Y Maria toma entre sus manos la que le presenta su madre.

—Hoy hace un año que murió tu padre.

—Mamá....

—Sí, hace un año; y yo no veré cumplirse el segundo.

—Pero, ¿qué dice usted?

—¡Hija de mi vida! Te vas á quedar sola, con tu hermano enfermo, sin parientes, sin recursos...

—¿Por qué ahora esos tristes pensamientos?

—Preciso es, alma mia, que te hable de esta manera: se acerca mi última hora, y debo prevenirte contra las asechanzas del mundo en que te quedas.

Tu padre fué un modelo de caballeros cristianos, y el mundo pagó como acostumbra sus grandes virtudes.

El mundo aborrece á los que le desprecian, y tu sabes cómo ese aborrecimiento produjo la ruina de nuestra casa; pero tu padre no quemó jamás incienso á los ídolos del siglo, y murió como había vivido, santamente.

—¡Dios le tenga en su gloria! respondió Maria, y al mismo tiempo dos lágrimas quemaron sus pálidas mejillas.

—Confío en la misericordia infinita del Señor, continuó la enferma, que así sucederá; y esa misericordia espero nos reunirá para siempre.

—¡Padre de mi corazón!...

—No os dejó, á sus hijos, riquezas temporales; pero teneis un nombre honrado, y sobre todo, un caudal inmenso de fé. Si; porque tú eres buena, y Luisito ¡pobre hijo mio! es un excelente hijo.

—Bien, mamá, tiene usted razon; mas si le parece dejemos esta conversacion, porque se afecta usted, y despues no descansará como necesita.

—¡Ay! hija mia; no te aflijas: yo descansaré, pero... no en este mundo.

—Por Dios, ¿se quiere usted callar?

—Si... te prometo callar pronto; dos palabras, y mis labios no volverán á pronunciar sino lo más necesario.

Un encargo me dió tu padre momentos antes de entregar á Dios su espíritu. Ama siempre, dijo, á Jesús y á su Madre, y confía en San José.

Y yo ahora solamente, Maria, te hago el mismo encargo, y te mando que se lo hagas en mi nombre á tu hermano. ¿Le cumplirás?

—¡Madre...! Lo cumpliré.

—Ya quedo tranquila, repuso Magdale-

na; y ahora, solo una advertencia y un consejo que imbuiras en el corazón de Luis.

Al cielo se va por el camino del Calvario. Procura vivir como si luego hubieses de morir, y venceras las dificultades del camino.

Magdalena se calló como si hubiera hecho un supremo esfuerzo; y Maria, no pudiendo por más tiempo contener su emoción, cayó de rodillas, bañando en lágrimas la mano que tenia entre las suyas, mientras desde el fondo del corazón murmuraba con santo fervor:

«Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen Marial que jamás se ha oido decir que alguno que á Vos se acogiese y pidiese socorro y favor, hubiere sido desamparado. Yo, animada con tal confianza...

Todo quedó en silencio unos quince minutos, al cabo de los cuales se levantó la pobre niña diciendo:

Yo sueño.... Pero nó; si todavia parece que lo veo....

—¡Mamá, mamá...!

—¿Me llamas, hija mia?

—Sí: ¿no ha visto usted...?

—¿Creo que... me ha parecido ver...

—Un señor muy simpático; de barba canosa, y dulce mirada... ¿no es verdad...? ¡Ah! Si: ya no me queda de la; sobre la mesa está el papel que me ha enseñado diciendo: «Aquí está tu fortuna: usa bien de ella.»

—¿Tú has oido, Luisito? pregunta volviéndose rápidamente hácia donde estaba su hermano.

—He creído ver que se movía una sombra detrás de la cortina, dijo con voz débil el niño, pero nada he oido.

Entonces la jóven se dirigió á la mesa, y rompiendo el sobre que allí habia, se encontró con un billete de mil pesetas y una carta sin firma que decia:

«Dios no abandona á los suyos. Con el adjunto socorro cuida á tu madre y á tu hermano enfermos, y antes de ocho dias presentate en la casa número 2 de la calle de..., donde vive D. P. C. al que manifestarás quien es tu madre. D. P. C. es persona de confianza y no tardará en alcanzarnos la legítima posesion de una cuantiosa fortuna que ha dejado un tío segundo tuyo á quien no conocias.»

—¡Alabado sea Dios! exclamó Maria acercándose á la cama y estampó en la frente de la enferma un beso cariñoso. Despues volvió á caer de rodillas delante del Crucifijo, y juntando las manos dijo:

—¡Gracias, Dios mio! Yo prometo que con tu gracia sabré hacer uso de ella.

Por la noche del mismo dia el aspecto de aquella vivienda humilde habia cambiado: las ropas de las camas parecían nuevas; las sillas habian aumentado hasta media docena, y además se veía una mesa camilla redonda vestida de bayeta verde y cubierta con un sencillo y elegante hule, sobre la cual se hallaba un quinqué moderno de petróleo con pantalla opaca del lado que miraba á la enferma.

Esta y su hijo habian sido visitados

por un médico, y medicados y alimentados, ambos dormían profundamente.

Y María conversaba en voz baja cerca de la camilla con una hija de S. Vicente, cuando se oyó la campana de la torre más próxima.

¡Las doce! dijeron á un tiempo las enfermeras.

Y así acabó en casa de Magdalena el día de S. José.

Magdalena murió en el Señor, como lo había previsto, antes del año; pero tuvo el consuelo de ver asegurado el porvenir de sus hijos.

Cinco años hace de esto, y aun no se ha podido saber quien es el misterioso personaje que sacó á nuestros amigos de la miseria.

Pero se sabe positivamente que, á expensas de manos desconocidas, se ha levantado un asilo para pobres ancianos; que María lleva la toca de las Hermanitas de los pobres, y que Luisito viste ya en el noviciado la sotana de una insigne Religión.

Pedro del Sol.

SECCION INSTRUCTIVA

APRENDAMOS DE S. JOSE

¡Sí, aprendamos de san José! ¿Y quiénes hemos de aprender? Todos, grandes y chicos, rudos y sabios, ricos y pobres, que á todos ofrece el humilde Carpintero soberana y oportuna lección.

¿Se avergonzaria nadie de tenerle por maestro, cuando no se avergonzó de tenerle por ayo el mismo Hijo de Dios?

Sí, pues: ¡aprendamos todos de san José!

Aprendamos los ricos.—Era de noble estirpe, de la familia real de David, y se humilló á la modesta condicion de artesano, correspondiendo á los designios que tuvo sobre él la Providencia. Fué manso, sencillo, amoroso; poseyó el mayor tesoro del mundo en la persona del divino Jesus, y no se enorgullecó por eso, ni mostró arrogancia ni altivez. Trataba con amor á los que eran menos que él, favorecía á los necesitados, consolaba á los afligidos, visitaba á los enfermos, era de buen ejemplo á todos. Esta es la mision que traen al mundo los que Dios ha puesto con riquezas en él; y si no la cumplen, no esperen dicha ni salvacion.

Aprendamos los pobres.—Lo fué san José, y padeció más que nosotros miseria y necesidad. Llegó á carecer de techo para su Esposa en el momento más solemne de la vida. ¿Cuántas veces careceria hasta de pan? Sufrió el destierro, que es la mayor de las tribulacio-

nes; ¿y cuántos ultrajes no tendria que devorar entre pueblos enemigos de su raza y de su Dios? Seamos como él pacientes y resignados. No murmuremos de Dios, ni blasfememos de su voluntad sobre nosotros. ¡Cuántos en la otra vida agradecerán como inmenso beneficio de su bondad haber sido pobres! No odiamos al rico porque tenga unos puñados de oro más que nosotros. El oro no asegura la eternidad. Honran más las virtudes que los suntuosos trajes, y consuela más la paz del corazon que los dorados palacios. ¡Pobre taller de Nazaret!; ¡ruinosa cabaña de Belen!; ¡ignorada casita de Egipto!; ¡qué tenian que ver las Cortes de los Herodes y Agustinos ante vuestra tranquila felicidad!

Aprendamos los rudos.—No es preciso ser sabio para ganar el cielo; basta ser honrado cristiano. Más valen las buenas obras que los buenos libros; pues no se salvarán los que saben solamente la ley, dice el Apostol, sino los que la practican. «¿Qué importa, dice Kempis, disputar mucho de la Trinidad? Prefiero sentir la contricion que saber definirla.» De san José no se dice que escribiese grandes libros como Aristóteles ni que declamase como Ciceron. Carpintero le quiso el Señor para honrar en él la humilde condicion de los hombres sin letras. Fué bueno y santo. ¿Qué más quisieras tú haber sido en la hora de la muerte?

Aprendamos los sabios.—A quien Dios concedió letras y talento, le obligó con mayor carga de responsabilidad. Y Dios castigará como infiel administrador de sus dones á quien los malogró empleándolos en cosas que no fueron de su divino servicio. Mucho ha de temer el cristiano sabio la cuenta que vá á pedirle el supremo Juez. Maestro de sus hermanos le ha constituido, y estos tienen derecho á ser ayudados por él para la vida eterna, no á ser miserablemente extraviados. De este modo poseyó san José la sabiduria del cielo, que era el mismo Hijo de Dios, y conservóla para el mundo, al que debía ilustrar con su predicacion.

Aprendan todos los padres de familia.—En la Sagrada Familia puso Dios el tipo y ejemplar de lo que debe ser familia cristiana. Por eso el modelo de los padres y madres de familia es san José. Como él deben estos procurar reinar Dios en la suya, por el exacto cumplimiento de la divina ley, buena educacion de los hijos, moralidad en los criados, apartamiento de diversiones peligrosas, moderacion en el uso de las riquezas, santo empleo del tiempo, ejem-

plo constante de toda virtud. ¡Cuántos padres de familia se perderán por no haber querido llevar la suya segun Dios! ¡Cuán otro estaria el mundo si todos los padres de familia lo fuesen imitando á san José!

Aprendamos todos á bien vivir para bien morir.—La vida virtuosa y segun Dios es el fundamento de una muerte feliz. Morirás por regla general segun hubieres vivido. Murió san José en brazos de Jesus y de su Madre, porque con ellos hizo el curso de su peregrinacion. Vive, pues, unido de corazon á la sagrada Familia, si en su ósculo santo deseas exhalar el suspiro final. Devocion constante á Jesus, Maria y José; rezo todos los dias en su obsequio; práctica fiel de sus virtudes en la Iglesia y en el hogar.

¡Ea, pues!; aprendamos todas estas lecciones de san José.

F. S. y S.

VARIEDADES

Profecia cumplida

En 1867, durante la fiesta de la canonizacion de los Santos Japoneses Mons. Darboy, Arzobispo de Paris, habló en Roma con Maximino, aquel á quien siendo niño se le apareció la Virgen en la Saleta. La conversacion ocurrió delante de Mr. Petit, vicario general de Paris, que despues la refirió á sus amigos.

—Vamos, Maximino, le dijo Mons. Darboy; hasta ahora han podido engañarse muchos con vuestra mision de vidente.

—¿Cómo, Monseñor! ¿Sospechais de mí fé? Creo en la Saleta.

—Os concedo que vuestro relato á hecho bien; pero ahora confesadme que no creéis en él.

—Monseñor, contestó ofendido Maximino; tan cierto es que la señora de la Saleta se me ha aparecido y me ha hablado, como es cierto que en 1871 os fusilarán los revolucionarios de la Comune.

Mons. Darboy riéndose, se separó de él. El imperio de Napoleon III estaba entonces en su apogeo; la profecia pareció no dejar huella en la mente del Prelado.

Pero llegó el año terrible de 1871, el enemigo invade á Francia; la revolucion triunfa en Paris; el Arzobispo, preso y llevado primero á la Consergeria, y despues á la Roquette, es por último conducido á Mazas. En el camino de esta última carcel Mons. Darboy se para de repente y dice á su Vicario Mr. Petit.

—¿Os acordais de nuestra conversacion con Maximino en 1867 y de su profecia?; pues vá á cumplirse....

En efecto, poco despues el Prelado era fusilado por los canibales de la Comune, y moria dándoles su bendiccion.

Tristísimo

Cuenta nuestro querido colega *El Euska-*

que hace poco ha fallecido un pobre libre-pensador de modo bien triste. Parece que el infeliz estuvo acompañado durante su agonía por cierto relojero aragonés de su misma calaña, que, con satánica malicia, fué entreteniéndole hasta última hora para que no recibiese los Santos Sacramentos, á cuyo efecto le animaba con estas palabras «Animo y valor, que has vencido.»

Es decir que le daba cuerda para que no parase de andar hasta el infierno.

¡Buenos amigos tienen los libre-pensadores! y sobre todo buenos relojeros.

Con seguridad que Satanás estará ya deseando que se muera el aragonés para colocarlo en alguna de sus fábricas.

Muerte bien distinta

También ha fallecido en Manresa otro obrero, pero de modo bien distinto.

D. Jaime Cardona y Paris, director de «El Obrero Católico», era un cajista de imprenta, propagandista infatigable de la verdad, hombre de buen talento, sana instrucción y cristianas virtudes. La muerte le ha sorprendido trabajando en la viña del Señor, y es de esperar que su mano misericordiosa le habrá ceñido una hermosa corona de justicia.

Ha muerto como mueren los que se dejan dar cuerda por la gracia de Dios: con todos los auxilios de la Iglesia, y con la esperanza puesta en el cielo.

Dios le haya amparado. Pidamos por él.

Frutos láicos

Leemos en «El Mensajero del S. Corazón» que en Tours han intentado poner en escena una obra titulada «Traición», escrita y representada por un sacerdote apóstata, y en la que es denigrado horriblemente el Sacerdocio.

Por fortuna el pueblo, aunque degradado ya por tantas otras producciones de mal género, no pudo sufrir el calibre de esta, y apenas se presentó en las tablas el infeliz apóstata en traje de sacerdote de Brahma, con manto blanco, calzón corto, babuchas rojas y barba como las babuchas, cuando los espectadores á fuerza de ahullidos, silbidos y patadas le hicieron retirar, y hasta le persiguieron por la calle á pedrada limpia.

Se conoce que en Tours no estaban los estómagos en disposición de digerir ciertos frutos láicos, pero con el tiempo y la civilización todo se andará.

Uñas republicanas

En Francia, nuestra hermana mayor en punto á pogresos, el arte del timo raya á tal altura, que deja tamaños como cominos á nuestros más famosos petardistas, incluso al que en dos minutos limpió la caja de depósitos de los cinco ó seis millones que leembrasaban.

Segun un folleto que acaba de publicar Leo Taxil titulado *Ali Babá y los cuarenta ministros*, aquella república es ya una merienda de negros donde todo bicho viviente

mete la cuchara para llevarse la tajada mejor.

Robos, falsificaciones, bancarrotas, agiotajes, malversaciones, estafas, asesinatos y hasta guerras para hacer negocio y enriquecerse, todo cabe en la conciencia de aquellos republicanísimos personajes, que por lo visto pasan la vida soñando con lo ageno.

Y entretanto trabaja que te trabaja en la célebre torre de Esfiel que dicen llegará á setecientos metros de altura, y tendrá por objeto conmemorar el primer centenario de la revolución francesa.

No es extraño; como que aquella fué la revolución que enseñó á los hombres á burlarse de los mandamientos de la ley de Dios que eran un estorbo para quedarse con lo ageno.

APOLOGIA DEL CATECISMO

Hay un libro de gran prez que altos principios formula; libro que solo circula en manos de la niñez.

Libro sublime, que cuenta por miles sus ediciones, y graba en los corazones la fé que al hombre sustenta.

En sus páginas encierra tan sana filosofía, que con sus preceptos guía nuestros pasos en la tierra.

Un libro que el sabio admira y el ignorante desdeña; que la verdad nos enseña y la virtud nos inspira.

Las leyes del Cristianismo que hacen al hombre dichoso, nos da ese libro precioso que se llama el «Catecismo.»

Él con claridad explica los más profundos arcanos, los misterios sobrehumanos, la gracia que santifica.

En él están consignados nuestros deberes morales, y los premios eternos para el justo preparados.

En él se encuentra la luz y la celestial doctrina de la Persona divina que nos redimió en la Cruz.

II.

Bellas flores de la infancia que, en este siglo aturdido, ni penas habeis sentido ni del mundo la inconstancia.

Tiernos niños que creceis aspirando las delicias de paternales caricias, único afán que hoy teneis.

Tras esos días de calma que se deslizan risueños entre cándidos ensueños y santos goces del alma.

Vendrá un tiempo, no lejano, que de importunas pasiones vuestros puros corazones sientan el yugo inhumano.

Con la copa del placer tratarán de adormeceros; ¡no abandoneis los senderos del honor y del deber!

Luchad hasta el heroísmo en este combate rudo, bajo el poderoso escudo del sagrado Catecismo.

Del bien supremo va en pos quien sus consejos atiende; porque ese libro comprende toda la ciencia de Dios.

Retened en la memoria la doctrina salvadora de este libro, que atesora méritos para la gloria.

Sus páginas recordad y su divina enseñanza; con ella solo se alcanza cumplida felicidad.

Y hallarán vuestros anhelos dichas de gozo fecundo: la paz del alma en el mundo, el galardón en los cielos.

A. BEDMAR.

EL PADRE JUAN DE MARIANA y las escuelas liberales. Estudios comparativos por el P. Francisco de Paula Garzón de la compañía de Jesús. El objeto de esta obra que recomendamos á nuestros lectores, es reivindicar, para la pureza de la fé, la filosofía cristiana y la política católica, á uno de los escritores más insignes que España ha producido.

La obra forma un volumen, esmeradamente impreso, de 664 páginas. Se vende á 5 pesetas en Madrid casa de su editor, D. Antonio Quiroz, calle de la Bolsa, núm. 10 y en las principales librerías de España.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una acción	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de «La Semana Católica», Villanueva, 6, bajo.